

LA INVESTIGACIÓN SOCIAL EN TIEMPOS DE GUERRA¹

MARIA TERESA URIBE HINCAPIE

Profesora
Coordinadora del programa de investigación
Instituto de Estudios Políticos.
Universidad de Antioquia

Resumen

Este artículo introduce una discusión sobre las visiones catastróficas que acompañan la investigación social en tiempos de guerra. Para ello se propone un cambio de sentido en las preguntas usuales sobre el qué hacer del investigador, esto es, en lugar de interrogarse sobre lo que un medio bélico le hace a los investigadores, sería conveniente preguntarse sobre lo que éstos le hacen a un entorno ya de por sí complejo y turbulento. La pregunta por la manera como los investigadores sociales y sus trabajos están impactando los contextos bélicos, permite superar los lugares comunes frente al tema y plantear algunas reflexiones para el debate, especialmente en dos grandes aspectos: la significación de las palabras en la guerra y los límites de la ciencia, la cultura y la ética en el tema de los conflictos armados. Para ello se asumen los tiempos de la guerra como claro–oscuros y por ello, confusos y equívocos, donde las cosas pierden sus contornos distinguibles y parecen ser otras; lo que se destaca, es que en los tiempos de guerra dejan de ser seguros los viejos mapas conceptuales tan útiles en otros momentos para guiarse en la aventura de investigar; la razón científica muestra de manera muy cruda sus limitaciones y las preguntas éticas dejan de tener respuestas simples y evidentes para plantear verdaderos dilemas. De allí que se plantee como primera obligación ética de los investigadores, su compromiso con el saber y el conocimiento, la revisión crítica de lo dicho y la búsqueda incesante de nuevos mapas cognitivos para acceder de manera más responsable a unas realidades cambiantes y

¹ Ponencia presentada en el seminario Internacional de Eica en la investigación Social y Educativa. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. Universidad de Antioquia, septiembre de 2002

elusivas; la segunda obligación ética de los investigadores sociales tendría que ver con la determinación de los límites, las fronteras y las restricciones que los tiempos de guerra les imponen a sus quehaceres.

ABSTRACT

This article discusses the catastrophic visions which become proper during social investigation in times of war. It proposes changing the sense of the usual questions about what the investigator must do. In order to do so, instead of questioning what war induces in the investigator, it questions what the investigator causes in a complex and turbulent context. The inquiry about the way in which social investigators and their works have an impact in conflictive contexts shall allow surpass common interpretations about this topic and shall permit questioning in two broad aspects: the meaning of the words during war times and the limitations of science, culture and ethics when dealing with armed conflicts. War times are assumed as unclear, confusing and wrong doing; it is a time when things are interpreted in divers manners as if they were different. It must be underlined that during war times, old conceptual maps are no longer safe during the activity of investigation. Scientific reasoning shows its limitations in a very crude manner and ethical questions have no simple answers, creating real dilemmas. Due to this facts, it must be indicated that the first ethical obligation of investigators is their compromise with knowledge, a critical revision of what is said and a continuous search for new cognitive maps that shall permit a responsible access to changing and elusive realities. The second ethical obligation has to do with establishing limitations and frontiers to their every day job.

Los tiempos de guerra se identifican en la tradición de las ciencias sociales con tiempos de oscuridad;¹ se asume por lo tanto que cuando los conflictos armados se instalan en las sociedades, se estaría frente al eclipse del saber y del conocimiento, en el reino de los silencios y de los exilios y que el miedo se incorporaría de tal manera al que hacer de los investigadores, que el resultado de su trabajo no podría ser otra cosa que generalizaciones

insulsas y marginales o en el peor de los escenarios, retóricas para justificar acciones o reacciones de los actores armados.

Mucho de esto es cierto pero la metáfora de los tiempos oscuros no permite salir de los lugares comunes y no añade mayores elementos de discernimiento sobre el que hacer y cómo hacer el trabajo en tiempos de guerra ni logra desentrañar la pregunta por el papel y la función que cumple la investigación social en el entorno de una sociedad turbulenta y agobiada por una guerra larga que parece alimentarse a sí misma.

Esta visión que de alguna manera sitúa a los investigadores sociales como víctimas inocentes de un conflicto ajeno, o como chivos expiatorios de la brutalidad de una guerra cuyos actores no están dispuestos a dejarse interpelar por la ciencia y menos por la ética, puede resultar consoladora y en cierta medida cómoda, porque con ella podría estarse justificando la inacción, el abandono de algunos temas prioritarios, la contribución al ocultamiento de realidades sobre las cuales supuestamente no se puede hablar ni preguntar pero sobre todo se estaría soslayando de una revisión crítica y ética sobre su quehacer.

Esto no quiere decir que los riesgos para los investigadores de las ciencias sociales sean una ficción; demasiados ejemplos tenemos en este país y especialmente en la Universidad de Antioquia que mostrarían lo contrario; tampoco estoy negando el incremento en las dificultades para hacer los trabajos de campo que cuando logran realizarse, se desenvuelven en las condiciones más precaria y muchas veces requieren la venia del actor armado que controla el territorio y quiero reiterar que pese a tantas dificultades, en Colombia la producción intelectual de los investigadores ha seguido su curso y hoy se cuenta con un cúmulo importante de trabajos que desde una perspectiva crítica persisten en el cuestionamiento de los múltiples poderes que le dan forma a la conflictiva realidad del país.

Lo que pretendo traer para la discusión en este foro, es que las visiones victimistas y catastrofistas pueden ser útiles para la denuncia pero poco prácticas para intentar resolver los dilemas éticos que a diario enfrenta el investigador, cuando su objeto de indagación se mueve en el basto campo de lo hemos dado en llamar “lo social” y pienso que la metáfora

sobre los tiempos de oscuridad, si bien permite poner de presente realidades insoslayables también pudiese estar eximiendo a los investigadores de una reflexión a fondo sobre el alcance de sus límites y sus posibilidades.

Cuando los investigadores se sitúan por fuera del conflicto armado, como analistas y observadores de un entorno turbulento que los agobia y los amenaza; es decir, cuando se acogen a la metáfora de los tiempos de oscuridad; a la investigación social solo le quedarían dos caminos; el heroísmo inútil o el reacomodamiento y la sumisión y de hecho, la historia de las ciencias sociales en Colombia durante los últimos quinquenios nos ha mostrado ejemplos de lo uno y de lo otro.

Se puede actuar intentando arrojar luz sobre las tinieblas; sobre ese magma de los acontecimientos cotidianos arrostrando los más severos riesgos entre ellos el de la propia muerte o quizá también la de aquellos sobre los cuales versan nuestras investigaciones, los que nos brindaron información o a los que sin querer y en aras de la rigurosidad científica, terminamos por poner en evidencia y al alcance de las venganzas y las violencias de los actores armados; este heroísmo inútil estaría poniendo la ética de los principios y también las exigencias de la ciencia por sobre la ética de la responsabilidad en el registro Weberiano.²

Pero también se puede optar por el silencio y la inacción; por una suerte de conciencia crítica pasiva, inconforme es verdad pero resignada y sumisa que en aras de la responsabilidad consigo mismo y con los otros, se autocensura, desecha preguntas de investigación pertinentes pero supuestamente inabordables, evade respuestas comprometedoras o se calla lo sabido porque en la guerra, la defensa a ultranza de los principios puede acarrear consecuencias no previstas y desastrosas sobre muchas personas incluido el propio investigador; es decir, la ética de la responsabilidad estaría primando sobre la de los principios; esto quiere decir que la guerra les estaría tendiendo una trampa sin salida a los investigadores sociales proponiéndoles el “dilema del prisionero”.

Puestas las cosas en un escenario de tensiones sin salida, parecería que el tema estuviese agotado, que ya se hubiera dicho todo y que las decisiones en torno a que hacer y como hacerlo, quedase librada a las opciones personales y solitarias del investigador; pero el asunto cambia de perspectiva cuando la pregunta muta su sentido y en lugar de interrogarse sobre lo que un medio bélico y violento les hace a los investigadores, se preguntase sobre lo que éstos le hacen a un entorno ya de por sí complejo y turbulento, sobre los impactos, las repercusiones y las manifestaciones que las palabras revestidas con la autoridad del saber y del conocimiento le ocasionan al entorno y como afectan, a veces sin quererlo, las vidas de grupos sociales en particular pero por sobre todo al devenir de nuestras inacabadas tramas conflictivas.

Por esta razón y siguiendo la estrategia de las metáforas con la que empezamos esta reflexión, sería preferible pensar los tiempos de la guerra como claro – oscuros y por eso mismo confusos, engañosos, equívocos, donde las cosas pierden sus contornos distinguibles y parecen ser otras, lo que puede conducir a ver lo que no existe o ignorar lo que apenas se insinúa o a tomar la ficción por realidad; en fin, lo que quiero subrayar, es que en los tiempos de guerra dejan de ser seguros los viejos mapas conceptuales tan útiles en otros tiempos para guiarse en la aventura de investigar, la razón científica muestra de manera muy cruda sus limitaciones y las preguntas éticas dejan de tener respuestas simples y evidentes para plantear verdaderos dilemas sobre los cuales no es fácil tomar la decisión correcta, si es que en estos tiempos es posible saber donde está lo correcto.

Pues la guerra, contrario a lo que generalmente se afirma, no es solo la sangre derramada, el humo de las batallas, los cuerpos despedazados y la destrucción de infraestructura; la guerra se libra también en otros escenarios que aparentemente no tendrían relación con ella ni con las supuestas causas aducidas para justificarla o para argumentar sobre su necesidad, su inevitabilidad o su continuidad; la guerra, sus lógicas, sus gramáticas y sus dramáticas se expanden hacia el conjunto de la sociedad, la trastocan y modifican sensiblemente ámbitos aparentemente lejanos del quehacer bélico como los del saber y el conocimiento.

Esto querría decir que la guerra está desempeñando un papel crucial en la producción, redefinición y reorganización de los contextos sociales en los cuales se despliega; está configurando y desconfigurando los ordenes políticos, las prácticas culturales, las formas de relacionamiento entre los sujetos y por su puesto, está transformando de manera dramática y a veces muy radical, los lugares, los actores y los procesos desde los cuales se produce, se trasmite y se divulga conocimiento; bien porque éstos se constituyen en una parte del botín disputado por los actores armados, disputa que se desarrolla de diversas maneras pero también a sangre y fuego; bien porque la guerra con sus redefiniciones, está trastocando los ordenes cognitivos y normativos y para bien o para mal, está poniendo en jaque las viejas verdades establecidas incluso aquellas elaboradas y transmitidas por las comunidades científicas que han servido como guía para la acción a grupos sociales de diversa naturaleza.

Lo que pretendo afirmar es que, así no nos guste, estamos haciendo parte de la guerra, no somos simples observadores, analistas científicos que miramos la realidad externa a nuestro quehacer, la describimos, la clasificamos y nos empeñamos en desentrañar y explicar las múltiples tramas y los inagotables dramas de un entorno como el colombiano; es decir, no estamos por fuera del contexto bélico y el hecho de no portar armas o no formar parte activa de los grupos que las usan, no nos sitúa en una posición de externalidad ni nos exime de las responsabilidades éticas y políticas frente a este desastre nacional y no estoy aludiendo a esa responsabilidad abstracta y difusa a la que se apela con frecuencia para decir “que todos somos culpables,” frase exculpatoria que solo sirve para diluir las responsabilidades y hacerlas recaer como si fuese el pecado original sobre todo el pueblo indistintamente.

Por el contrario, lo que pretendo establecer, es el significado de hacer ciencia social en un contexto impregnado por las hostilidades manifiestas y las agresiones múltiples, donde la palabra de los investigadores no solo los puede convertir en víctimas sino también otorgarles un papel activo en el conflicto que eventualmente puede producir efectos perversos o conducir la sociedad a callejones sin salida quizá de peor pronóstico que aquellos problemas a los que se pretendió subsanar o darles salidas correctas, éticas o abaladas por la ciencia.

Si aceptamos la inversión de la pregunta y nos interrogamos por la manera como los investigadores sociales y sus trabajos están impactando los contextos bélicos, es posible superar lo ya dicho, los lugares comunes frente al tema y plantear algunas reflexiones para el debate, centradas principalmente en dos grandes aspectos: la significación de las palabras en la guerra y los límites de la ciencia, la cultura y la ética en el tema de los conflictos armados.

Las palabras de la guerra.

Hannah Arendt³ dice que la violencia es muda, que no tiene palabras, solo fuerza bruta y atropellos físicos y psicológicos y que por eso nunca puede ser grande pero pasa que en las guerras civiles, en los enfrentamientos entre ciudadanos por el orden justo, por la Nación y por el Estado⁴ como los que vienen ocurriendo en Colombia, la guerra se llena de palabras, de justificaciones morales, de argumentos políticos, de referencias culturales y de demandas sociales y se libra también en los más puros e incontaminados escenarios de la academia, donde a veces la ciencia y los argumentos éticos acaban al servicio de los guerreros más crueles.

Es decir, estamos frente a una guerra que también es de palabras, donde en ocasiones, éstas pueden convertirse en armas arrojadas y producir más daño que las que se disparan en las encrucijadas de los caminos o en las calles de los barrios populares, con la particularidad de que quienes las emiten ni se enteran de sus efectos devastadores; y esto no ocurre únicamente con los comunicadores sociales que en los afanes de la noticia, incriminan, sindicán y señalan sin pararse a pensar en las consecuencias de lo divulgado; ocurre también con nosotros, los investigadores sociales, que en la tranquilidad de nuestras oficinas, con más tiempo para reflexionar y para pensar y con las mejores intenciones de acertar, terminamos por hacer lo mismo y creemos que la rigurosidad científica y el compromiso con la neutralidad valorativa nos abala éticamente y nos exime de responsabilidades públicas.

Y es que resulta muy fácil equivocarse y perderse en estos claro – oscuros de la guerra; una guerra sinuosa, cambiante, fluida, equívoca que transforma los escenarios y los actores de la vida social a una velocidad de vértigo; lo que era cierto ayer ya no lo es hoy, los enemigos del pasado pueden ser los amigos del presente; las prácticas organizativas para la paz y la democracia pueden transformarse en tiempos muy cortos en aliados incondicionales de uno u otro actor armado y en estos laberintos de imágenes y contraimágenes, las palabras se desvían de sus intenciones originales y pueden pasar a servir a propósitos oscuros e inconfesables.

Quiero llamar la atención sobre esto; en tiempos de guerra, la rigurosidad científica y la neutralidad valorativa no son garantías suficientes para responder éticamente sobre las consecuencias de un trabajo de investigación; nuestras palabras son palabras públicas, se enuncian para que sean conocidas por auditorios de diversa naturaleza, a veces los pequeños y cerrados de las comunidades científicas incluidas las aulas de clase pero también a públicos más amplios y heterogéneos; el sentido de las investigaciones sociales es el de ser conocidas y servir de guía para la acción y la transformación social; son retóricas porque se proponen convencer y son poéticas porque también buscan conmover, pero no nos hacemos cargo de los auditorios, las preocupaciones éticas llegan hasta el umbral de la publicación de un trabajo o de su exposición pero desconocemos lo que Ricoeur llama el momento de la refiguración;⁵ es decir, la recepción de obra por el público y las acciones y reacciones que propicia y suscita.

Pienso que los investigadores sociales en Colombia estamos en mora de hacer una revisión crítica sobre lo que se ha hecho y lo que se ha dicho en estos últimos quince años; sobre la recepción que los trabajos han tenido en públicos y auditorios tan diversos; los impactos que pueden haber producido nuestros diagnósticos en el diseño de políticas públicas, a veces funestas y represivas; en el quehacer de grupos y organizaciones sociales que hoy vemos como equivocadas pero que en su momento confiaron en “la verdad de los investigadores”; en las estrategias y las tácticas de los actores armados y lo más importante, en las mentalidades de las gentes del común.

Pienso solamente en los efectos de la retórica del republicanismo cívico de los años noventa que provino en lo fundamental de los académicos de las ciencias Sociales y que llamaba a la participación activa de los ciudadanos y a la deliberación pública sobre los asuntos colectivos, si con ella no le estábamos preparando el camino al actual gobierno para que convocase en nombre del Republicanismo Patriótico a esos mismos ciudadanos para que cumpliesen con sus deberes cívicos de luchar contra el terrorismo y se involucrasen de manera masiva en estrategias de seguridad tan dañinas y con efectos tan perturbadores como las redes de informantes o los campesinos armados; son tan frágiles y tan indiferenciadas las fronteras entre ambos lenguajes republicanos que se puede pasar del ciudadano participativo al ciudadano armado comprometido con la patria, casi sin advertirlo.

Mas los riesgos de las palabras no son solo los equívocos o los usos sesgados y arbitrarios de lo que hacen o dicen los investigadores; es también el carácter polisémico de las mismas y más, cuando de universos analíticos se trata y si algo ha caracterizado esta guerra es una suerte de porosidad o de permeabilidad tanto en las estrategias, las tácticas y los procederes de los actores armados, como en los discursos, las nociones, los diagnósticos y los análisis sobre los grandes problemas nacionales; de esta manera, elaboraciones hechas con un sentido original de crítica, de denuncia y con orientaciones claramente emancipatorias y libertarias, terminan siendo colonizadas para inscribirlas en los laxos marcos de discursos orientados a preservar y mantener las cosas como siempre han sido; es decir, se les cambia de sentido y se las domestica para que se adecuen a intereses de dominio y control en contravía de los propósitos originales; algo de eso ocurrió con los discursos sobre la participación comunitaria, la supuesta ausencia de cultura política, la crítica destructiva contra los partidos o con las aproximaciones en torno a ilegitimidad y la crisis del Estado.

Cuando me atrevo a hablar en un escenario como este sobre la peligrosidad de las palabras y a señalar que ellas no son inocentes o intrascendentes, no quiero decir con eso que sería preferible el silencio; solo pretendo llamar la atención sobre los límites y los riesgos de análisis y diagnósticos, hechos a veces de manera apresurada, para cumplir con un jugoso contrato de tres meses o para responder a una demanda social que como todas las de su clase son acuciantes e impostergables y a veces los investigadores sociales nos vemos

presionados a presentar fórmulas, a ofrecer soluciones, a dar salidas, a elaborar programas de intervención sobre unas realidades opacas y cambiantes sobre las cuales tenemos, y es necesario decirlo, más desconocimientos que conocimientos.

Quizá sería necesario, antes de continuar con esta carrera de aplicabilidad mecánica de lo que investigamos; volver a pensar en rearmar el mapa conceptual, teórico y analítico; reelaborar las cartografías existentes para que permitan dar cuenta no solo de un orden que se viene abajo, sino de múltiples ordenes alternativos que surgen, se entrecruzan y que luchan por sobre vivir y reproducirse pero como no se adecuan al orden pensado por los intelectuales, al normativo diseñado por los políticos, o al deseado por quienes tienen posibilidad de expresión pública, pasan a ser considerados como desorden, caos, atraso y turbulencia y con frecuencia son reprimidos, a veces brutalmente, en nombre de los valores éticos y los criterios de modernidad política de los cuales la intelectualidad Colombiana no ha estado ausente.⁶

Cuando hablo de recomponer el mapa conceptual y las cartografías teóricas y analíticas que han servido de guía hasta el presente, me refiero a la superación de las limitaciones para entender y dar a conocer lo que pasa en Colombia; la investigación social en este país, en lugar de estar ofreciendo fórmulas mágicas para curar los males, podría dedicarse a realizar un trabajo quizá más lento, de resultados menos ambiciosos pero más profundo; por ejemplo, hacerse cargo de explicar porqué se yuxtaponen crisis pasadas y recientes que involucran a grupos, gentes, territorios y temporalidades diversas; pienso también en un tipo de producción académica que de cuenta sobre las formas como los intelectuales se han aproximado a esas realidades para hacer una revisión crítica y a fondo; pienso en la necesaria producción de trabajos que expliquen como se gestionan las diferentes crisis, conflictividades y confrontaciones armadas; qué tan funcionales han sido esas formas de gestión, social o estatal, para configurar una representación de la Nación como orden colectivo o como desorden y caos.

En fin lo que pretendo decir, sin ser exhaustiva con los temas y las nuevas preguntas para la investigación social, es que se impone una revisión a fondo de lo que hacemos y de cómo

lo estamos haciendo; la investigación social y más en un país como éste tiene una irrecusable obligación con la sociedad pero su primera obligación ética es con la propia investigación y con el conocimiento; y a veces nosotros los investigadores tan críticos con todo lo que ocurre a nuestro alrededor, no miramos hacia nuestro propio que hacer y no se trata solamente de que los resultados sean pobres y poco sólidos; eso no sería tan grave; se trata que con base en ellos se están tomando decisiones, se están diseñando estrategias, tanto bélicas como de intervención social; se están gestionando las crisis y controlando las violencias; en fin, se está configurando y reconfigurando el orden social y colectivo; por eso, a veces sin proponérselo terminamos sirviendo a los más oscuros intereses.

De allí que el llamado sea a mantener una duda razonable sobre los resultados de los trabajos, reconociendo las amplias limitaciones que nos imponen los claro – oscuros de la guerra; a ejercer una crítica implacable sobre lo que estamos produciendo; pensar dos veces en los auditorios y los públicos a los cuales va dirigido y las refiguraciones a las que pueden dar lugar las retóricas y las poéticas; a relativizar y matizar lo que se dice y se escribe y a recordar siempre que si bien el saber puede contribuir a transformar, reducir y minimizar y resolver conflictos y tensiones sociales, también puede ampliarlos y volverlos más dramáticos pues como señala Isaia Berlin, a veces perseveramos demasiado en nombre de la ciencia y no podemos olvidar que muchas veces nuestro empeño racional puede acabar con una civilización entera.⁷

La revisión crítica de la producción de los investigadores en estos últimos quinquenios es impostergable pero vista a la luz de los efectos pertinentes que ellas hubiesen tenido sobre el entorno social; sobre los públicos y los auditorios que las recibieron y actuaron en consecuencia; sin embargo, no se trata únicamente de una mirada al pasado para rectificar rumbos y enderezar tendencias; se trata también de pensar y escribir para futuras generaciones; todos sabemos que en la Colombia de hoy hay temas vedados, que muchas cosas no se pueden nombrar en público pero algún día tendrán que conocerse y el compromiso ético de nuestra generación es el de dejarles a los públicos del futuro un mapa cognitivo que les permita entender que pasó, como pasó y porqué pasó; pienso sobre todo

en los que hacemos investigación en ciencias sociales en los entornos de las universidades públicas pues al fin y al cabo la Universidad es por excelencia una productora de legados.

Las inconmensurabilidades y las posibilidades explicativas.

El saber y el conocimiento, aceptando sus riesgos y sus límites, son el primer compromiso ético de los investigadores sociales; el segundo puede ser el reconocimiento de la inconmensurabilidad; que es al mismo tiempo el reconocimiento de los límites de la ciencia y de la cultura propia para entender y explicar las realidades, los contextos y las acciones de los otros; y que se podría formular a través de la siguiente pregunta; es posible conocer, explicar, comprender y resolver todos los retos y las preguntas de la investigación y transformar el orden social con estas herramientas? O acaso existen inconmensurabilidades y contingencias frente a las cuales el conocimiento racional, la ética normativa y la cultura dominante se quedan cortas y poco sirven para comprenderlas, aprehenderlas, explicarlas o modificarlas?

Este dilema ha estado presente desde siempre en el devenir de las ciencias sociales; las metodologías subjetivas que ponen su mirada, más en los actores que en las estructuras y que tienen la pretensión de comprender de manera más adecuada los procesos que abordan porque reconocen los actores y les dan la palabra, han intentado subsanar estas fallas y de alguna manera, todo el debate que los multiculturalistas le han planteado a los Liberales en las últimas décadas,⁸ ha puesto sobre el escenario los asuntos de la otredad y las políticas del reconocimiento.

Pero lo que pretendo en esta ocasión, es formular esa pregunta eterna pero en contextos bélicos como el colombiano, donde si bien existen amplias diversidades culturales no son ellas las razones de los conflictos armados ni aquí se está combatiendo por la defensa de sionacionalidades e identidades oprimidas. Para este caso especial, la otredad estaría representada por los que delinquen, los que desobedecen y los que atacan o defienden el estau quo con las armas en la mano; que retos le presentaría a la investigación social, el reconocimiento de estas otredades y que dilemas éticos le estarían planteando? Algunos de

estos límites tienen que ver con los enfoques, las posturas teóricas y las preguntas que se le formulan a la realidad convulsa; otros tienen que ver con la eficacia del conocimiento en ambientes turbulentos y los terceros con los límites infranqueables de la subjetividad y de las razones o sin razones de ciertas acciones.

Si aceptamos la premisa de que los estados de guerra prolongados en arcos de tiempo indefinidos, terminan por producir varios ordenes socio – políticos alternativos que coexisten, se yuxtaponen, compiten y/o cooperan con el orden institucional público, tendríamos que preguntar si la dupla orden – desorden desde la cual se ha mirado tradicionalmente el conflicto, es suficiente para entender lo que llamamos desorden, que podría no ser eso sino un orden distinto, otros ordenes tan complejos, tan intrincados, pero tan lógicos y coherentes como aquel en el habitamos y por lo tanto consideramos como el único que podría denominarse así; pensado y definido como el culturalmente válido, éticamente bueno, políticamente justo y como aquel al cual deberíamos acceder para conseguir niveles aceptables de paz y convivencia.

La pregunta resulta relevante porque buena parte de nuestros trabajos se han enmarcado en la lógica de la dupla orden – desorden, de allí que los diagnósticos pongan su acento en “lo que no es la sociedad colombiana” o en lo que le faltaría para llegar a ser; es decir, en un catálogo de déficit y faltantes sobre los cuales se edifican la mayor parte de las políticas de intervención; en otras palabras, no se reconocen los ordenes alternativos, se invisibilizan, se piensan como desorden, como caos, como violencia y de alguna manera aparecerían como inconmensurabilidades, incomprensibles, no porque necesariamente lo sean sino por que el instrumental teórico y analítico que usamos no permite verlos y en nuestros mapas cognitivos y éticos a veces ni existen esos puntos de referencia.

El gran reto para las ciencias sociales es cómo desentrañar las lógicas que han hecho posible la existencia, reproducción y continuidad de esos ordenes alternativos y sus agentes; como son en realidad, que están creando y recreando en medio de las turbulencias y los conflictos, cuales son sus referentes para la acción, a veces violenta y disruptiva, porqué, lo que desde el orden convencional se considera válido no lo es para ellos y como se

articularían sus demandas de inclusión y reconocimiento si es que alguna vez es posible establecer formas de integración y cooperación efectiva.

Para ello sería necesaria una renovación teórica y analítica, ya lo hemos dicho, y también cambiarles el sentido a las preguntas e interrogarnos por lo que son esos ordenes y no por lo que deberían ser, pero aún así, subsiste la pregunta; es que podemos acceder a conocer esos actores que persisten en la guerra, en la violencia, en la delincuencia? podemos comprender sus razones, entender sus sentimientos, valorar sus aspiraciones; podemos desde una postura ética convencional comprender esa diferencia, con los que desobedecen, los que delinquen, los que se enfrentan o defienden al Estado con las armas en la mano o por el contrario, tendríamos que aceptar la existencia de una serie de inconmensurabilidades que harían incomprensibles muchas de sus acciones, absolutamente reprobables desde la ética y el orden aceptado pero lógicas y coherentes desde las demandas de la guerra.

Comprender los ordenes alternativos y a sus actores implicaría hacerse cargo de las realidades bélicas y violentas desde sus propias gramáticas y sentidos, despojadas de cualquier referente ético, filosófico o cultural; es decir, abordar el ser de guerra y de la violencia, tal como son, encontrar un discurso que explique estas situaciones desde ellas mismas, así lo que encontremos no sea ni bueno, ni justo, ni limpio, ni deseable; más si ese discurso de la guerra pudiese enunciarse, a lo máximo que podría aspirar un investigador social sería quizá a explicar como funciona pero siempre quedaría un amplio margen de asuntos, de aristas, de aspectos, de situaciones que escaparían a las posibilidades explicativas de la ciencia; que retarían la cultura del investigador, así éste intentase despojarse de prejuicios y referentes valorativos para entender los del otro violento y que desafiarían cualquier ética mínima.

Aceptar las inconmensurabilidades es aceptar los límites de la ciencia, la ética y la cultura; es encontrar esos territorios difusos donde la comprensión no es posible y los encuentros no pasan de ser fortuitos y no siempre provechosos pues en los afanes de cambiar, transformar y rectificar, se pueden cometer grandes errores y abusos para con el otro violento o para quienes viven bajo esos ordenes alternativos; situados en la lógica propia de la guerra

pareciese que el imperativo fuese ganarla y a este propósito se someterían los demás; pero saber donde están y por donde cruzan esos límites, esos márgenes es ya toda una postura ética y resulta más conveniente reconocerlos que actuar como si no existiesen, como si todo fuese desorden, como si el investigador tuviese la verdad porque posee la ciencia y desde allí pudiese con una cierta impunidad declarar como desorden aquello que no conoce o que no puede entender ni explicar.

A estas situaciones ya de por sí complejas y éticamente desafiantes tendríamos que añadir los efectos perversos de las turbulencias sociales sobre la capacidad analítica, crítica y orientadora de la investigación social en tiempos de guerra; siguiendo a Francisco Gutiérrez Sanin, tendríamos que afirmar que todas las sociedades presentan turbulencias determinadas por los grados de incertidumbre que pueden presentarse con relación a las estrategias de los actores sociales y políticos - tanto formales como informales - en un universo variable de situaciones posibles; cuanta mayor turbulencia se presente, mayor será el espectro de eventos y acontecimientos posibles y como correlato, menor será la capacidad de la ciencia para explicar estos eventos; es decir, mayor será la ambivalencia y la incertidumbre en lo social y menor la capacidad para interpretar los procesos que allí tienen lugar.⁹

La turbulencia, la incertidumbre, las contingencias y los hechos fortuitos que la guerra incrementa, están señalando otros límites y otros contornos a las posibilidades explicativas de las ciencias sociales; límites que no devienen como en lo referente a los ordenes alternativos de problemas de enfoque o de la manera como se formulan las preguntas sino de la volatilidad y la evanescencia de lo que se pretende dilucidar, comprender y explicar; reconocer esta frontera y aceptarla tiene que contribuir a delimitar los campos de lo posible y a aceptar con humildad si se quiere, la provisionalidad y las fallas que pueden presentar los trabajos en estos claro – oscuros de la guerra.

Existe otro campo de preocupaciones en este contexto de las inconmensurabilidades y es el que tiene que ver con la esfera de los sentimientos; las acciones sociales son racionales pero también están alentadas por asuntos que no lo son y que obedecen a otras razones o

sin razones que miradas desde lógica, carecerían de ella pero que tienen todo un sentido para quienes las ejecutan y actúan en consecuencia; al decir de Hanna Arendt, los sentimientos son incommunicables y por lo tanto no entran como tales en la esfera de lo público ; son de la esfera privada, del mundo íntimo; son vividos, a veces con gran intensidad pero no se les pueden explicar a otros; solo se podrían describir en términos del más o el menos menos: sentimientos como el amor, el dolor, el odio, la venganza, el miedo, el resentimiento, la ambición, hacen parte de la condición humana y son sentidos por todos los seres en algún momento de sus vidas pero de manera distinta y no transmisible por medio de palabras, a lo sumo se pueden describir y dar a conocer a través del arte y la literatura.¹⁰

Si bien los sentimientos no hacen parte de la esfera de lo público pueden tener expresiones y manifestaciones en ella, y producir efectos pertinentes en el orden colectivo en la política, en la moral y la cultura pero si no se pueden comunicar no sería susceptibles de ser comprendidos a cabalidad y eso plantea un primer problema interpretativo para los juicios sobre las acciones de los violentos y los armados; porque si los sentimientos determinan también las acciones, hasta donde es posible comprender y explicar el miedo del otro que lo lleva a matar para defenderse de un enemigo real o imaginario? Como juzgar los odios ancestrales alimentados por los desprecios y las humillaciones cotidianas, como entender la necesidad de la venganza cuando se ha perdido a un ser querido o se ha sido despojado de los bienes o se ha sido desplazado de su entorno; en fin como comprender los sentimientos del otro que lo pueden inducir a violar la ley, a matar a alzarse en armas o a desobedecer?

Siguiendo a Hannah Arendt, uno pudiese concluir que los sentimientos de los actores sociales, sus heridas morales y todo ese universo que se despliega en la esfera de lo íntimo, presentarían cierto grado de inconmensurabilidad y por esa vía le estarían definiendo también límites morales y cognitivos a la ciencia y estableciéndole fronteras a la política y al saber, si lo privado y lo íntimo no corresponden a la esfera pública pero producen efectos pertinentes sobre ella que a veces asumen la forma de criminalidad, conflicto agudo, violencia y confrontaciones armadas, donde podrían trazarse los límites éticos a la investigación social? Lo único que podría afirmarse razonablemente es que hay bastos campos del hacer humano sobre los cuales es difícil y riesgoso pronunciar palabras

públicas y que los dilemas éticos que enfrentan los investigadores en este campo se sitúan en una suerte de espacio gris e indefinido configurado por antinomias que parecerían no tener una fórmula fácil de resolución. La pretensión de explicarlo todo, la presunción de comprenderlo todo versus el riesgo de justificarlo todo y aceptarlo todo.

No existen fórmulas que permitan resolver de antemano esos dilemas éticos pero reconocer los límites del conocimiento, el saber y la cultura, puede ser al menos una manera de tomar algunas precauciones a la hora de enunciar ante públicos complejos y heterogéneos lo que pensamos que es la realidad de la guerra.

En síntesis; uno pudiese concluir que los investigadores sociales tenemos frente al conflicto armado una posición de doble faz; somos afectados por él en lo que tiene que ver con los riesgos que se corren, al decir lo que a los actores armados no les gusta que se conozca y lo que a la sociedad civil no le gusta oír y sobre lo cual no quiere saber; a su vez, la guerra llena de trabas y de dificultades operativas la realización de los trabajos; la consecución de información, los desplazamientos a terreno, la reticencia de los actores sociales e institucionales para comunicar libremente lo que saben y las suspicacias de todo género que suscita alguien que está preguntando por lo innombrable.

Pero a su vez, los investigadores sociales están afectando y a veces de manera ingenua y desapercibida el contexto violento pues la guerra no se libra solamente en las trincheras sino que se despliega e impregna con sus gramáticas y dramáticas casi todos los escenarios de la vida social, entre ellos el de la producción y divulgación del conocimiento y del saber, involucrando a los investigadores en un ambiente bélico del cual no es posible evadirse ni situarse por fuera de sus dinámicas pues nuestras palabras son palabras públicas, tienen la pretensión de ser conocidas y por tanto están produciendo efectos pertinentes en los públicos y en los auditorios hacia los cuales van dirigidas.

Si bien es cierto que nunca es posible saber de antemano la recepción que los públicos van a tener de los que oyen o leen, dado que ellos lo incorporan de diferente manera a sus mentalidades, su cultura, sus valores y sentidos comunes y por lo general, recrean y

resignifican lo recibido, también es cierto que los investigadores pueden hacer algún esfuerzo por prever lo que sus palabras pueden desatar y tomar mínimas precauciones frente a ello, pues las palabras nunca son ingenuas o inocentes y parafraseando a Marc Johnson uno podría decir que ellas también pueden matar.¹¹

De allí que planteemos como primera obligación ética de los investigadores, su compromiso con el saber y el conocimiento; la revisión crítica de lo dicho y la búsqueda incesante de nuevos mapas cognitivos para acceder de manera más responsable a unas realidades tan cambiantes y elusivas; bien para comunicarse con los públicos del presente, bien para dejar huellas ciertas que les permita a los públicos del futuro, entender porqué pasó y como pasó lo aconteció en este país durante estos años de guerra.

La segunda obligación ética de los investigadores sociales tendría que ver con la determinación de los límites, las fronteras y las restricciones que los tiempos de guerra les imponen a sus quehaceres; de hecho la investigación social ha contado en todo tiempo con un repertorio de inconmensurabilidades de las cuales poco se habla, porque que a veces no es de muy buen recibo por las comunidades académicas que confían plenamente en la ciencia y la razón para dilucidar cualquier tema por intrincado que sea y que se creen capaces de comprender al otro y reconocer sus demandas y sus expectativas, “ponerse en su lugar” y entablar diálogos conducentes a la deliberación colectiva.

Si esto ya plantea problemas en tiempos no bélicos, tendríamos que concluir que en tiempos de guerra, esos límites se restringen y se tornan más confusos y más equívocos, de allí que frente al reconocimiento de las diferencias y más aún cuando se trata de diferencias tan radicales y sensibles como las que devienen de una guerra con las características de la Colombiana, resultaría necesario empezar por identificar al menos que hay territorios frente a los cuales la ciencia, hasta el momento, tiene poco que decir y que resultaría antiético pronunciarse sin las salvaguardas correspondientes.

Solo pretendo con estas aproximaciones deshilvanadas proponer algunos temas para la discusión; que más que de la reflexión teórica, surgen de las preocupaciones cotidianas que

me suscita el contrapunto entre nuestro quehacer y los rumbos que va tomando el conflicto colombiano; no son exhaustivas y para nada novedosas, solo me interesa compartirlas con un auditorio sensible a estos temas pues pienso que el debate público es la mejor manera de acceder a las verdades siempre provisionales de nuestras disciplinas.

Septiembre De 2002.

¹ Hannah Arendt. **Hombres en tiempos de oscuridad**. Barcelona. Gedisa. 1990. pp 9 – 12

² Sobre estos aspectos ver: Max Weber. **El científico y el político**. Madrid, Alianza editorial 1969 PP 160 y ss.

³ Hannah Arendt. **La Condición Humana**. Barcelona. Paidós . 1993. pp 84 – 96.

⁴ Sobre las Guerras Civiles y sus justificaciones ver; Peter Waldman y Fernando Rinares. **Sociedades en Guerra Civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina**. Barcelona Paidós. 1990. pp 7 y ss.

⁵ Paul Ricoeur **Tiempo y Narración. Configuración del tiempo en el relato histórico**. México, Siglo xxi. Tomo 1. Pp 139 y ss

⁶ Sobre los ordenes alternativos y su complicación ver: María Teresa Uribe de H. **“Las Guerras por la Nación en Colombia**. En : Estudios Políticos #18. Instituto de Estudios Políticos. Medellín Enero – Junio de 2000. P 12 y ss.

⁷ Isaiah Berlin. **El Fuste torcido de la Humanidad**. Barcelona. Península. 1992 Pp 32 y ss.

⁸ Ver entre otros muchos textos. Victoria Camps. **“Tolerancia, Multiculturalidad, Convivencia”** En: Republicanismo Contemporáneo. Andrés Hernández comp. Siglo del Hombre. Bogotá 2002 PP 277 – 293.

⁹ Francisco Gutiérrez Sanin. **“Gestión del Conflicto en entornos turbulentos”** En, Textos y Contextos, Jaime Giraldo Ángel. Comp.. Bogotá Tercer Mundo. P p 91 y ss.

¹⁰ Hannah Arendt. **La condición Humana Op cit.** P 87 y ss,

¹¹ E. Kakoff y Mark Jonson. **“ el sistema de Metáforas utilizado para justificar la guerra en el Golfo**. Citado por: José María González García. Metáforas del Poder. Madrid. Alianza Editorial 1998. p11.